

DON TANCREDO

Tancredo estaba en el centro de la plaza. Parecía una estatua impertérrita, hecha de mármol blanco. El sufrimiento de toda su existencia lo había esculpido en una esfinge fría, pero no insensible. Su imperturbabilidad era la que le hacía ver al toro de la vida desde la distancia. El astado salió por la puerta principal. Sus cuernos cortaban el viento. El toro, como un fenómeno de la naturaleza, trataba de embestir, con toda su fuerza, todo aquello que se le ponía por delante. Pero no veía a Don Tancredo, que permanecía en el centro, con su majestuosa serenidad, propia de un cristiano o de un estoico. El toro se acercó. El verdugo y la víctima se cruzaron las miradas. El verdugo no identificaba a la víctima, pues los ojos a los que miraba reflejaban un manso cielo azul. No veía el rojo de la sangre que le excitara hacia el ataque. No sentía el miedo de la víctima, su encogimiento y temblor. Observaba una presencia que imponía respeto. El toro pasó de largo. El público respiró aliviado. Los tendidos, en un silencio de muerte, observaron con asombro la serenidad de Don Tancredo. El toro de la vida había sido domado por el hombre manso.